

Ardorosa obsesión

Beatriz Córdova

Odiaba la palabra. De la forma que fuera, verla, oírla o adivinarla, al personaje aquel lo sacaba de quicio. Hubiera querido vivir en el más absoluto silencio, en un perfecto vacío mental para no percibir su rastro y de ser posible, también renunciar a pensarla siquiera, pero no tuvo valor para eliminarse a sí mismo.

No siempre fue así, aunque muy pronto en su vida desconfió de ella. Desde muy niño la palabra lo fustigó en boca de sus padres, pobres e ignorantes. No hubo día en que los gritos y los insultos lo hicieran olvidar los poquísimos momentos de una convivencia familiar, apenas atisbada. La escuchaba amenazante en el habla de la gente, belicosa, insultante, chirriando al aire. Aquellas de las que emanaban calma y alegría eran tan raras y se utilizaban tan parcamente, que llegó a pensar en todas las palabras bellas como susurros perdidos en las voces de los niños muertos, víctimas de algún maligno conjuro que las desterró al olvido. El proceso de aprender a leer y escribir se cuenta entre las experiencias más difíciles y duras de su existencia, una indecible tortura.

Aunque los primeros contactos con la palabra escrita le fascinaron, muy pronto tal fascinación le resultó aterradora por la gama incontrolable de sensaciones que en él nacían, a tal grado que no pudo soportarlo más. Tras muchos sufrimientos y cavilaciones terminó por conceder a la palabra el terrible poder de transformar a los seres humanos, al mundo y a él mismo.

A lo largo de su vida no pudo enfrentar el hecho de leer un libro completo o entrar a una biblioteca. Poco a poco le fue siendo claro lo irremediable de su situación, la certeza de su batalla perdida. Nunca sería capaz de controlarla, de ignorarla por completo y ejercer sobre ella alguna influencia, de manera que la fue alejando de su entorno, de su voz, e ingenuamente se hizo la ilusión de poder vivir sin ella. ¡Cuánto le temía! Trató de huir de la palabra apartándose del mundo en un necio intento de eludirla. Vivía recluso en una ermitaña soledad, la cual acabó por disfrutar en medio del mayor silencio posible. Amaba ese silencio por sobre todas las cosas. No hablaba y se negaba a escuchar, aunque en el fondo sabía muy bien que no podía escapar de ella por completo. En sus escasísimas salidas la encontraba por doquier: las calles rebosaban de anuncios gigantes que parecían pender del cielo y amenazaban con caer sobre él y sepultarlo; aparecía en las paredes acosándolo mientras caminaba; cubría los aparadores, los autobuses y resonaba en el ambiente como una malévola omnipresencia imposible de burlar.

Un buen día, en una repentina revelación, tomó conciencia de cómo enfrentarla: la atraparía de los escritos y la tomaría presa. Se decía que una vez pronunciada se perdería esquivo en el aire para refugiarse en otros oídos, en otras mentes y ahí seguiría existiendo; en cambio, plasmada en el papel, la presentía cercana y vulnerable. Una sola pasión lo guiaría desde entonces, un febril anhelo que llegó a constituir el objeto de su vida: tomarlas, recortarlas y eliminarlas. Acabar con cuanta palabra pudiera, con todas aquéllas que cayeran en sus manos. Las apresaría y desaparecería. No podrían seguir torturándolo ni contaminando ojos, oídos y conciencias.

En ese extraño y pequeño universo, encerrado en su loco desvarío, la actividad de deshacerse físicamente de ella lo hacía sentir seguro y poderoso. Así, se erigió como el gran benefactor de la humanidad: armado de unas tijeras, en su incesante recortar daba cuenta de toda estupidez, mentira o tragedia que estuviese escrita y a su alcance. Recortaba con infinito cuidado las palabras de discursos, noticias, artículos, versos y todo cuanto juzgaba vano, absurdo y falso. Las sentía, ya recortadas, como enemigos derrotados y próximos a eliminar. A la vez, realizaba otra importante labor al separar cuidadosamente los silencios, aquellos fragmentos en blanco no mancillados por ella. En su obsesiva visión creía liberar a los hombres del engaño, de la maldad y del sufrimiento descritos por palabras en los textos. Revistas, periódicos y libros enteros desaparecían capítulo a capítulo en un exhaustivo y laborioso trabajo del que emergía un irregular tejido de silencios, que en horadado mensaje parecía transmitirle un sentimiento de paz y regocijo, como si le arrojara el alma. Ningún tejido le había parecido hasta entonces tan hermoso y acogedor; atesoraba las caprichosas urdimbres acomodando por todos los rincones su colección de no textos, ahora mudos y felices.

Una vez caídas en sus manos, observaba cómo las palabras cautivas iban apilándose en un cúmulo ofensivo, indignante, que se apresuraba a quemar. Cada día, por mucho tiempo y con una sensación de gozo inefable nunca disminuido por la prácti-

ca, repitió el ritual de convertir el basurero en una pira mortuoria. Veía con ansia el fuego, dejándose hipnotizar por el rítmico vaivén de las lengüetas, deleitándose en el vociferante crepitar de las frases que extinguía. Poco a poco terminaría con ellas, pensaba, y su paciencia era tan grande como la tarea que se propuso realizar. A partir de entonces y por mucho tiempo, su pequeña vivienda se convirtió en un conjunto de montículos de papel. Unos desaparecían rápidamente en la hoguera y otros sobrevivían, atesorados en su calidad de compañeros silentes, amontonados por todo el lugar. Ver los vacíos en los recortes le causaba un inusitado placer, pues constataba la ausencia de ella.

Pero el personaje aquel pudo constatar en carne propia, una vez más, todo el perverso poder que había adjudicado a la palabra: como postrer estertor de alguna de ellas, la chispa inoportuna alcanzó uno de los rincones y a sus callados huéspedes... Lo inmoló en silencios.